

EL CÁRTEL VASCO

UN NARCO EN LA SAGA *EL REY DE PIKAS*

HERMELO MOLERO



Título: *El cártel vasco. Un narco en la saga El rey de pikas*

Autor: Hermelo Molero

Edita: BAO Bilbao Ediciones S.L.

Editor: Mariano Remiro del Hoyo

Maquetación: Mikel Aguirre

Foto de portada: Hermelo Molero

En la foto de portada, el “ladrillo” o paquete que aparece es un kilo de cocaína, marcado con un sello en bajo relieve de la bandera soviética. Estos paquetes, denominados “rusos”, son considerados originales y suelen tener una pureza superior al 90%. Los sellos en los paquetes sirven para identificar a los cárteles productores de la sustancia, convirtiéndose en una marca distintiva de cada organización, sin tener en consideración su ubicación u origen.

Imprime: Grafilur

Fecha de edición: Mayo 2025

Depósito Legal: LG BI 00325-2025

ISBN: 978-84-09-70241-1

© Hermelo Molero

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

Impreso en España – Printed in Spain

Índice

Nota del autor.....	11
Capítulo 1 - Noche con luna	19
Capítulo 2 - El cartel vasco	29
Capítulo 3 - Un buen compañero	41
Capítulo 4 - Difícil, pero no imposible	55
Capítulo 5 - Nuevo amanecer	69
Capítulo 6 - Una buena captura de la anchoa	77
Capítulo 7 - 57 días	85
Capítulo 8 - Sin rastro de vida	91
Capítulo 9 - Una mierda de hipótesis.....	97
Capítulo 10 - Hola, Don Jairo	105
Capítulo 11 - Tarek	119
Capítulo 12 - Saber escoger	125
Capítulo 13 - Expertos en todo y en nada.....	139
Capítulo 14 - La sabiduría del miedo.....	143
Capítulo 15 - No siempre es buena la verdura.....	157
Capítulo 16 - Una larga travesía	173
Capítulo 17 - Un buen corte.....	181
Capítulo 18 - Don Jairo.....	195
Capítulo 19 - Cara de tonto	207
Capítulo 20 - Madrid, Madrid, Madrid	221
Capítulo 21 - Ongi etorri.....	233
Capítulo 22 - Todos los caminos llevan a Roma.....	245
Capítulo 23 - El dolor de Julieta	261
Capítulo 24 - Un año atípico	271
Capítulo 25 - Don Manuel	277
Capítulo 26 - Venganza.....	287
Capítulo 27 - Un plan cuidadosamente establecido.....	295
Capítulo Final - Dos pájaros de un tiro.....	305
El porqué de las cosas por Hermelo Molero.....	327

NOTA DEL AUTOR

En esta novela, al igual que en *El Rey de Pikas* (Caligrama, 2021) y *Heroína* (Letrame, 2023), encontraréis un relato que se asemeja mucho a la realidad de una investigación policial cuando se persigue un delito de tráfico de drogas. Son situaciones muy similares a algunas vividas por mí mismo como consecuencia de mi profesión y sobre todo por los veinticinco años que llevo ligado a perseguir este tipo de delito, por lo que estas situaciones relatadas han sido reales o lo podían haber sido. En su momento algunas de las historias contadas en estas novelas, debido al tiempo transcurrido, han sido ya juzgadas, por lo cual sus sentencias son de acceso público y al alcance de cualquiera de los lectores. Aun así, este autor, adrede, ha querido en todo momento modificar o disimular identidades, lugares y épocas para evitar con ello que algún traficante real, de los que merodean las calles de nuestro país, quiera identificarse como protagonista de alguna de mis novelas, algo que, como es lógico, no voy a permitir. O por lo menos intentaré evitarlo. En estas obras literarias y en las futuras, los únicos protagonistas con derechos más que reconocidos son los policías que aparecen reflejados en las novelas. Son estos funcionarios y otros muchos que se pelean en el día a día para intentar vencer una batalla, que no la guerra, en

condiciones siempre de desventaja. Una lucha contra organizaciones criminales con presupuestos ilimitados y en ocasiones con apoyos inconfesables. Estos profesionales de la seguridad pública, incomprensidos y abandonados por los gobiernos de turno, aquellos que también portan un uniforme de cualquiera de los colores por todo el territorio nacional; ellos, los que están en esa lucha continua, sin tregua, todos son y serán los únicos que merecen el respeto de este autor. Ellos son, sin duda, los protagonistas en mis novelas. Con unos cuantos de ellos he tenido la suerte y la ocasión de compartir situaciones de estrés en investigaciones durante estos muchos años. Muchos esfuerzos y con ello muchas detenciones, pero nunca las suficientes para poder quitar de nuestra sociedad, aunque sea un pequeño pedazo de la mugre que por desgracia taponan los pulmones que permitan respirar a toda nuestra sociedad.

No podría dejar pasar esta oportunidad de haber tenido en mis anteriores novelas varios miles de lectores y no utilizar este escaparate para hacer un llamamiento a nuestros responsables políticos, los que dirigen nuestras vidas, bien sea porque lean alguna de mis novelas, o porque alguno de vosotros les hace llegar este mensaje, donde les quiero reclamar en sus decisiones un pequeño acompañamiento al trabajo sin descanso que hacen o hacemos todos los que nos dedicamos a esto de investigar un delito como es el tráfico de drogas. Diciéndoles que necesitamos más medios y mucho más apoyo, que no es esta una lucha de los policías contra todos, sino que es, sin lugar a dudas, junto al terrorismo internacional, el mayor problema con el que se va a enfrentar nuestra sociedad en las próximas generaciones. No nos dejéis solos o perderemos.

Es muy probable que algunos de los que leéis mis novelas y como adultos que sois, decidáis en vuestro día a día consumir

algún tipo de sustancia estupefaciente. No es mi intención intentar supervisar vuestras adicciones ya que vuestras son y nadie soy para recriminar vuestra decisión. Mi reflexión sobre este asunto es de mayor recorrido, ya que los problemas de salud que genera el uso y el abuso de las drogas creo que son de sobra conocidas por todos y no seré yo quien os supervise esa acción, pero, como sociedad madura que nos consideramos, tenemos que darnos cuenta de que, si pensamos en las drogas como un problema y queremos buscar una solución, será totalmente imposible si la demanda no se reduce. Nunca penséis que vuestra decisión de consumir se acaba con vosotros, ya que serán nuestros hijos, sí, también los tuyos, serán ellos los que vuelvan a tener recorriendo por sus cuerpos esas mismas sustancias, e igual por desgracia no son tan fuertes o tolerantes como lo sois vosotros. Pensad también en las cuantías económicas que genera el tráfico de drogas; son tan elevadas que tienen la capacidad de compra de voluntades. Y no me refiero a las de policías, algunas de ellas fáciles de sobornar, otras imposibles de conseguir, sino de la compra de las decisiones del poder político o judiciales que, con sus resoluciones dopadas de dinero, gestionan el castigo a estos delincuentes. Puede ser que algún día, y espero equivocarme, las compras efectuadas por esos amplios beneficios impidan que nuestra democracia siga llena de vida y sobre todo con la salud adecuada. Pero al final de todo, ¿qué puedo decir yo, que soy uno de los últimos funcionarios de los que nos dedicamos a esto? Seguro, como no puede ser de otra manera, yo estoy equivocado y todos los que engordáis el bolsillo de alguno de esos camellos estaréis cargados de razones.

Que ningún lector con conspiraciones delictivas piense ni por un solo momento que en alguna de mis novelas pueda obtener alguna información que le permita identificar a algún colaborador

policial. Este autor, dentro del relato de ficción de la novela negra y policiaca, se ha esforzado en todo momento en esconder y ocultar cualquier dato que pueda generar alguna pista sobre ello, modificando, para ello, los inicios y el transcurrir de los casos, recreándose en su imaginación para crear un relato ficticio que juguetea entre la realidad y la ficción. De la misma forma, en esta novela figuran técnicas policiales de investigación, muchas de ellas caducas y ampliamente conocidas por los propios delincuentes, (algunas las conocen mejor que los propios investigadores) dejando otras técnicas más novedosas para futuras historias, cuando su divulgación no perjudique la labor policial.

Como es de esperar, todos los nombres que figuran en este relato son ficticios y cualquier persona que se sienta identificada con alguno de los personajes será por pura casualidad o imaginación propia. Los únicos nombres que respetan la realidad, y por lo tanto su existencia, son los mote o sobrenombres de guerra de los agentes de la Ertzaintza que desarrollan su trabajo o lo hicieron en algún momento de sus vidas profesionales en el Grupo de Drogas de la comisaría de la Ertzaintza de Bilbao. Falta en estas páginas los alias de otros muchos compañeros y amigos que han sido artífices de los cuantiosos éxitos de este grupo de investigación. Pero el hecho de haber llenado este texto de todos estos nombres habría dificultado la comprensión de la lectura de esta novela a las personas ajenas al mundo policial.

A todos y cada uno de esos ausentes, como fue el caso en *El Rey de Pikas y Heroína*, va dedicada esta novela, ya que, sin todos ellos, sin dejar a ninguno fuera, nunca habría sido posible para este autor vivir y sentir todas y cada una de estas maravillosas y sacrificadas experiencias. En estas novelas os dedico

mi reconocimiento, intentando en ellas reflejar una parte de todos vosotros. Agradeciendo, sin poder recompensaros, aquella época que os hizo perder días de muchas horas de la compañía de vuestras familias y amigos a cambio de poco, o igual de mucho, ya que nadie como vosotros mismos para sentirnos reconfortados por un trabajo complejo y extenso finalizado en algunas ocasiones con éxito.

EL CÁRTEL VASCO

UN NARCO EN LA SAGA *EL REY DE PIKAS*

HERMELO MOLERO

BAO
BAO BILBAO EDICIONES

1

NOCHE CON LUNA

Una noche cualquiera de febrero de 2022

43.667262, -2.918243. Punto exacto de longitud y latitud donde se encontraban en ese momento. Allí mirando al cielo, seis hombres de distintas edades y un único idioma desarrollado y convenido desde que las necesidades laborales hicieron que distintas nacionalidades tengan que compartir faena en ese y otros mercantes. Ahora, después de muchos días de navegación, todos los hombres corren de forma apresurada por la cubierta del viejo barco de carga. El miedo, al igual que las peores enfermedades de la humanidad, se transmite entre las personas casi tan rápido como los rayos de una tormenta parten los cielos sobre el oscuro mar Cantábrico. Esa faceta humana tan contagiosa que, a más de cincuenta metros de distancia, una mirada fugaz entre los escasos seres que corren por la cubierta impregna de terror una a una a las personas hasta eliminar cualquier resquicio de cordura. Es tan potente la sensación de angustia que ni el implacable frío de esa noche de invierno traspasa los trajes azules que protegen los cuerpos de los trabajadores del navío. Podrían ir sus ocupantes totalmente desnudos y en ese preciso momento tampoco notarían la severidad climática del océano.

La noche buscada ha llegado y, tal y como ellos esperaban, sobre sus cabezas alumbra una grandiosa luna casi nueva que cubre de sombras todos los alrededores de la embarcación. A lo lejos, por estribor, sobre el cielo estrellado se atisba la llegada de unas nubes negras y gruesas que dentro de unos minutos taparán el satélite de la Tierra llenando de oscuridad todo el horizonte marino. El antiguo chatarrero ya se ha detenido en su pelea en la rotura de olas, ya no avanza. Sus motores siguen petardeando, pero su esfuerzo agónico no es transmitido a sus gigantescas hélices; el vaivén de la nave delata que ya están al paio. La proa se hunde clavándose en las olas como si buscara con ello el lejano suelo marino; unos segundos después vuelve a resurgir buscando el cielo oscuro queriendo con ello demostrar su flotabilidad. Gritos y más gritos por la cubierta. Solo disponen de unos cinco o seis minutos antes de que la luna descubra de nuevo los rostros de los apresurados marineros. Todas las luces del barco están apagadas a excepción de las que alumbran en dirección a la bodega de carga, alguna otra pequeña luz proyectada por las lámparas colocadas sobre la frente de algún humano que se desplaza corriendo por distintos puntos de la cubierta del navío. Como casi todos los delinquentes, desde que existe el mundo y con ello la maldad, buscan como aliado necesario el manto negro de la noche para ejercer sus actividades prohibidas.

Desde que abandonaron el abrigo del puerto venezolano, el viejo jefe de máquinas y su joven aprendiz practican rituales todas las noches para contentar al dios Tláloc. Justo en el momento de dejar de ver tierra y en uno de los pocos momentos en los que el viejo mecánico se asomó por la borda, aprovechó para decir a todos sus compañeros de travesía que pudo ver claramente sobre la espuma del mar el rostro de ese dios enfadado con la embarcación. El capitán de la nave sabe que no hizo nada por enfadar al

viejo mecánico, pero aun así en su lamento se dice a sí mismo que solo le faltaba que al miedo que ya discurre por cada palmo del navío se le sumaran maleficios de otras épocas. El resto de la tripulación respondía a las historias del jefe de máquinas con pequeñas sonrisas, pero ninguno de ellos se atrevió a reírse de ellas. El miedo al fracaso era tal que cualquier situación asustaba; bastante tenían todos ellos con cerrar los ojos en las pequeñas literas y no ser abordados por sus propios demonios. Permitió el capitán, como no pudo ser menos, la realización de esas prácticas rituales e incluso en una de las noches estuvo presente no fuera a ser que el viejo loco tuviera razón y una buena parte de la misión se frustrara por una antigua creencia en desuso. Contaba en voz alta el joven aprendiz que ya su maestro mecánico había podido esquivar en otras ocasiones semejante maleficio evitando el hundimiento o la captura de otros barcos donde sirvió. Se recreaba el chaval con el vuelo de su imaginación donde los abuelos del maquinero obligaban con sus rituales a que los piratas tomaran otras rutas que evitaran el pillaje en las naves donde servían sus ancestros.

El primer tramo de la gruesa nube comienza a tapar la luna como el telón de un teatro tapa las vergüenzas del mal actor. La única grúa de la embarcación comienza a hacer su particular ruido en sus lentos movimientos, su gancho final se encuentra desde hacía ya un tiempo en el interior de la bodega del mercante. El joven Antonio Escudero de tan solo 23 años maneja el pesado garfio metálico con sus guantes de trabajo dos tallas más grandes de lo que sería ideal. Los gritos sobre el muchacho llegan desde uno de los botes salvavidas enganchados al barco. En ese lugar, allí, en la altura, sujeto a uno de los costados de la embarcación donde cuelga el medio de supervivencia, esa ubicación ha sido el lugar escogido por el capitán de la nave para dirigir la maniobra. El emplazamiento elegido permite al sucio y tramposo líder tener una

perspectiva de toda la operación sin mover ni un solo centímetro sus oscuras botas de agua.

—¡Vamos!, ¡vamos! ¿A qué esperas, puto retrasado? ¡Engancha de una puta vez el gancho a la red, se va a hacer de día y seguirás ahí parado como si fueras imbécil! ¡Venga, vamos, no te detengas!

Los gritos se repiten hasta en dos ocasiones más. Los nervios de Antonio Escudero están a punto de traicionarlo. Casi no ve; la luz amarillenta de los únicos focos lejanos queda tapada en muchos momentos por la cabina del mercante. Siempre que el barco bascula hacia el estribor, todo es oscuridad. El joven colombiano está nervioso; los ganchos de la red son gruesos y rígidos, pero él lo ha hecho muchas veces en su trabajo; es la presión y el miedo lo que hace que parezca que no caben todos los aros metálicos en el enganche principal. Él hubiese querido tener todo preparado para cuando llegara el momento, pero el capitán no se lo ha permitido, ya que pensó que la mercancía tapada con una pequeña capa de carbón y chatarra sería suficiente para que durante una inspección policial no encontraran la costosa carga ilegal. Las manos le tiemblan al joven, no es capaz de dejar de castañetear los dientes. Por fin consigue acabar su tarea. Levanta la mano derecha y con el dedo pulgar señala al cielo oscuro. Es la señal que el gruista solicitaba desde la distancia, así que la mercancía recogida en una red comienza a abandonar la oscura bodega. Hay ruidos provocados por la tensión de las cuerdas al levantar el peso del suelo. Silencio de los presentes. Cuando la mercancía se ha elevado un par de metros, Antonio se percata de que dos de los ocho puntos de sujeción no están perfectamente amarrados. Levanta la mano, pero enseguida se la lleva a la cabeza como si en ese preciso momento necesitase acicalarse; disimula como si hubiera hecho un mal gesto. «Nadie me ha visto», piensa. Si informa

de la situación en la que viaja la mercancía, el capitán y alguno más de la tripulación serían capaces de tirar al novel marinero por la borda. No hay tiempo disponible para volver a empezar. Dos amarres de ocho tampoco parece crítico, tiene experiencia sobrada y sabe que la red que han utilizado es muy fuerte, no se va a rasgar por esa falta de amarre; el peso soportado no es grande para el grosor de la red, se intenta convencer al asustado Antonio en ese preciso momento. Se refuerza en sus pensamientos en la creencia de que el material abandonado no estará mucho tiempo en el interior del agua marina. El mar no está violento, y la fuerza de las pequeñas olas no rasgará las cuerdas que sujetan la mercancía. Lleva el material dos balizas marinas adosadas a los fardos impermeables donde viaja la droga y ya están activados ambos dispositivos para dar la posición exacta del lugar donde ha quedado semihundido todo el producto; seguro que antes del amanecer aparecerá otra embarcación y transportará la mercancía hasta su destino final. «Pero ese ya será el problema de otro», piensa el joven Antonio que por fin ya ha dejado de tiritar mientras camina hacia la borda para presenciar el final de la maniobra. Avanzando en su recorrido, hace un instante ha mirado en la altura rezando que la red no suelte una parte de su contenido cuando está siendo paseado por encima de la cubierta de la embarcación. Todo va bien, se dice.

Las nubes avanzan sin detenerse tapando la luz de la luna. Toda la maniobra se ejecuta en plena oscuridad; tres minutos después, la red con su contenido se encuentra apoyada sobre la espuma formada por las olas del mar Cantábrico al golpear el casco metálico del barco detenido. El encargado de los movimientos de la grúa hace una señal con las manos indicando al capitán que el material ha sido soltado. Ya está el brazo de la grúa en dirección a su lugar de descanso. Dos segundos después, el comandante de la nave da la orden.

—¡A toda máquina, vámonos de aquí cagando melodías, volvemos a nuestro rumbo, dirección a Ámsterdam!

Cincuenta mil dólares americanos para cada uno de los marineros y el doble para el capitán. Eso es lo convenido en cuanto a lo económico.

Después de acabar el trabajo encargado, en el momento de la cena tardía, todos los miembros de la tripulación, incluido el cocinero, se alientan entre ellos, exigen que el capitán vuelva a negociar con los contratantes sobre aumentar la cantidad dineraria a percibir. «Hay motivos de sobra», dicen ellos, y no les falta razón. De esa negociación, cerrada hace varias semanas en un hotel en la ciudad norteamericana de Miami, lo único que se ha cumplido ha sido el primer pago a la tripulación. Diez mil dólares a cada uno de ellos cuando zarparon de las instalaciones de Puerto Cabello en Venezuela. El encargo no tenía vuelta atrás. Una vez recibida y aceptada la señal de ese primer pago, las vidas de los tripulantes y la seguridad de sus familias garantizaban el no retorno. Todo estaba en marcha. Tripularían el navío, pero no decidirían sobre su destino, esa dirección sería fijada por otros.

El barco cargado de chatarra tenía una ruta lógica para atravesar el océano en dirección a su destino en Ámsterdam. El plan original marcaba que a doscientas millas de las costas gallegas abandonarían su mercancía y continuarían su rumbo sin ningún movimiento sospechoso. Solo una corta parada de unos pocos minutos, unos centenares de segundos calculaban ellos; todo estaba pensado, hasta los tiempos de navegación haciendo coincidir la peligrosa maniobra con una noche sin luna. La cantidad pactada era de dos mil quinientos kilos de cocaína.

Todo el seguro plan establecido se fue trastocando de forma unilateral sin que los tripulantes pudieran abandonar el acuerdo

fijado. El «patrón», como dueño de sus voluntades, imponía sus normas. No había nada que discutir.

Abandonaron el puerto venezolano cuatro días más tarde, ese es el tiempo que tuvieron que esperar a que llegara la mercancía ilegal. Al final de cada uno de esos días informaban al nervioso capitán de que la droga llegaría al día siguiente, y así hasta un total de cuatro veces se repitió la noticia. En el transcurso del tercer día ya se informó de las consecuencias que conllevaría si alguno de los tripulantes decidiera abandonar la embarcación recién pintada. Cuando ya llevaban dos días de navegación, el capitán informó de que la cantidad transportada era de cuatro mil quinientos kilos de droga. El comandante de la nave lo comentó sin ningún tipo de importancia, tomando un café con el cocinero y uno de los marineros más antiguos en la nave, entre calada y calada de su maloliente tabaco.

—¡Qué más dan ocho que ochenta! Si nos apresan, nos van a caer los mismos años de cárcel, ni un día más, ni un día menos. Si el plan sale bien, intentaré negociar algo más de dinero para cada uno de nosotros. Es lo mejor para todos nosotros. Cuanto más, mejor; seguro que sabrán recompensarnos. Hay que ser optimistas —les decía a sus oyentes.

Todas las noches a eso de las ocho de la tarde el teléfono satelital del capitán recibía información de las circunstancias del costoso viaje. En la llamada del séptimo día las noticias no fueron mejores; el capitán amagó con levantar la voz a través del interfono de plástico duro, pero rápidamente se convenció de que su opinión no era para nada relevante.

Los cambios recibidos en las nuevas órdenes eran importantes. No tenía muy claro el receptor de la noticia cómo iba a ser la reacción de la tripulación con las nuevas, pero rápidamente el jefe

de la embarcación se posicionó, era una persona pragmática, no tenía tampoco mucho que pensar; al igual que el resto de los mortales que viajaban en esa nave, no podía hacer otra cosa que cumplir las nuevas instrucciones recibidas. No había otra opción. Abandonó el puente, caminó hacia el pasillo en dirección hacia la cubierta donde se encontraban en esos momentos varios de los marineros trabajando, se detuvo para encender un cigarrillo, apoyó los brazos en la baranda y perdió la mirada en el interminable horizonte marino. Entre calada y calada tomó la decisión. Esperaría a la mañana del día siguiente para dar las nuevas órdenes. No quería que la oscuridad y la soledad de la noche en los camastros o la larga guardia del timón hicieran aún más daño en los ánimos de los marineros.

Justo amanecía cuando llamó a toda la marinería y demás trabajadores de la embarcación al puesto de mando, sin dejar que se acostaran los que habían pasado de vigilia aquella noche. Quería dar las órdenes a todos los integrantes a la vez. No era para nada habitual la maniobra, algunas de esas personas nunca habían pisado esas restringidas instalaciones, vivían rodeados de máquinas y ruidos infernales de continuas alarmas que se activaban una detrás de otra. Se notaba en algunos rostros que algo no marchaba bien.

Una vez todos en la estancia destinada a la gobernabilidad de la embarcación, el viejo capitán no tardó mucho en soltar el mensaje.

—He recibido nuevas órdenes, tenemos que soltar en otra latitud la mercancía que nos han cargado, tenemos que modificar nuestro rumbo. Nos dirigimos al Cantábrico, frente a las costas de Vizcaya.

Una vez soltado el mensaje fue buscando las miradas de cada uno de sus compañeros de travesía. Se miraban unos a otros sin

saber muy bien dónde estaba eso que el capitán llamaba Vizcaya, aunque sabían que el simple hecho de navegar por el Cantábrico suponía en sí un riesgo añadido al ya tomado en un primer momento.

Fue el cocinero y persona de mayor confianza del capitán el que hizo la pregunta que todos se hacían y que nadie se atrevía a formular.

—Andrés, ¿tenemos que desviarnos mucho de nuestro rumbo original?

El líder de la embarcación asentía con la cabeza mientras que su mirada se perdía más allá del sucio cristal donde se podía ver cómo el barco avanzaba de manera lenta pero inexorable hacia algún destino.

—Como dos días más de navegación en dirección al golfo de Vizcaya.

Hubo gestos y ruido con las bocas soltando el aire que se aguantaba desde hacía varios segundos esperando que la maniobra en el cambio de rumbo no fuera tan importante.

El capitán se sentó sobre su asiento elevable fabricado con un material imitador a la piel negra, moviendo los pies como si intentara con ello avanzar hacia el techo de la nave.

—Sé lo que estáis pensando todos, y tenéis razón. Esta modificación en nuestra navegación nos deja sin ninguna cobertura; si alguien, algún policía o cualquier agencia gubernamental está mirando nuestro trayecto no les costará deducir que estamos haciendo algo —hizo aquí una pausa para continuar— cuanto menos extraño al salirnos de nuestra ruta hacia Ámsterdam. Estos cambios me los comunicaron ayer, y todas vuestras preguntas me las llevo haciendo yo mismo durante toda esta noche. Por mucho que nos quejemos, nada podemos hacer, ni tan siquiera nos podemos tirar por la borda, ya que nuestras familias pagarían nuestra cobardía.

En este momento, con la carga de cocaína fuera del barco y con varias horas de navegación con su rumbo legal, ninguno de los trabajadores del viejo mercante quiere recordar todas esas anteriores noticias. Los miedos a ser detenidos se han ido por la borda junto con la red llena de bultos. Los gritos han pasado a ser risas. Ya nadie recuerda el nombre del dios Tláloc y las locas historias del mecánico. Pareciera que habrían pasado meses desde aquellas órdenes. Ya nadie recuerda las discusiones e incluso los lloros de hombres con sus pieles reseca de años de salitre, preocupados por sus vidas y las de los suyos. Conversaciones vacías de contenido porque ninguno de los tripulantes podía hacer nada más que cumplir las nuevas órdenes y rezar, rezar mucho, más que cuando esperas un nuevo embarque después de dos años sin encontrar trabajo. En ese momento de necesidades llegó esta venenosa oferta como una manzana con brillo de oro, pero de corazón podrido. Ahora que todo ha pasado, no hay movimientos de ninguna embarcación en el radar, no se observa en la lejanía ninguna patrullera policial que pueda acabar con todos ellos en la cárcel. Llega el momento de hacer cuentas de dónde usar el futuro dinero que recibirán. Incluso el capitán acaba de informar a todos los ocupantes del barco que acaba de mantener una conversación con «los jefes» y mostraban su alegría en la nueva comunicación; no se han negado a aumentar «algo» el premio por el éxito conseguido. Ya todos hacen sus nuevas cuentas sin tan siquiera saber cuánto va a ser el aumento del dinero. Pronto, en unos días, llegarán a Ámsterdam y allí supuestamente les tienen que pagar otra parte del dinero pactado. Incluso parece que el mar se ha tranquilizado y les hace más fácil su navegación, el final del viaje se acerca. La mejora de la mar solo es algo momentáneo, una gran tormenta se está formando en esas nubes negras cada vez más frecuentes que llegan por el oscuro horizonte.